

taire será siempre una verdad en su belleza; quiero citarle aquí:

Yo te lo debo todo, puesto que yo te amo.

Pero ¿cómo Gontrán no había tenido el valor de arrancarse á aquella pasión que sólo vergüenza podía darle? Cuando iba á casa de Lucía, ¿no era como aquellos pobres vergonzosos, aquellos antiguos amigos arruinados á quienes se dan las migajas de los festines del amor? Allí donde fuera amo, ¿cómo se humillaba hasta ser mendigo? Es que el amor es á un tiempo soberano y esclavo: ¡cuántas veces, después de gozar de su triunfo, desciende hasta besar las cadenas de su servilismo!

Si á Gontrán le quedaba un poco de orgullo, lo ponía en su adoración á Lucía; estaba conmovido por el rumor que repercutía en torno de ella y que llegaba siempre hasta él; apreciaba en lo que valía aquel estrépito efímero de una comedianta, pero, en fin, se dejaba coger en él como todos.

En aquel tiempo, la fama ponía como por burla sus coronas sobre las cabezas de algunas comediantas y de algunas cortesanas; los generales estaban en segundo lugar, como si las batallas del amor fuesen más heroicas que las victorias sobre el enemigo; no sólo los generales, sino también los políticos, los diplomáticos, los poetas, los artistas. Siempre que en el cielo contemporáneo descubriase una estrella, era la estrella de una gran tormenta. ¿Qué hacer contra aquello? ¿No se produjeron los mismos fenómenos en la antigüedad? ¿Cuántas olimpiadas, en Atenas, no brillan hoy todavía sino por el esplendor de las cortesanas? ¿Cuántos grandes hombres fueron olvidados, cuántos granos de polvo,

mientras la fúnebre lámpara de las Aspasia y de las Frinés continúa ardiendo?

La injusticia y la imperfección del mundo acusan el cielo, el otro mundo.

Gontrán cayó, pues, no diré en todas las embriagueces, pero sí en todas las angustias de su amor.

Lucía consentía en verle aquí y allá. Pero una noche, entre bastidores, le dijo:

—No vuelvas por mi casa; el príncipe tiene celos.

—¡Y yo también!—dijo Gontrán, queriendo elevarse á la altura de su rival.

Lucía se echó á reír, una risa diabólica.

—¡Ah! ¿Tienes celos?—le dijo.—Pues ya os parecéis. Pero ese príncipe me da ocho mil francos mensuales, y tú no me das nada; he ahí la diferencia que hay entre él y tú.

## XX

*La decadencia del amor*

Gontrán fué todavía más desgraciado. Buscó en los amores consuelo contra el amor. Pero no encontró sino amargura y desespero.

Si Lucía le hubiese visto, vagando en torno de su hotel después de una noche sin sueño, esperando la hora á que iba á los ensayos, sin duda le hubiera hecho la limosna de su sonrisa, por cruel que fuera; mas como siempre salía de casa con retraso, en vez de mirar á otra parte iba con los ojos clavados en su papel. Gontrán, por otra parte, no se mostraba mucho.

Sin embargo, una mañana lo vió, pálido, triste, derrotado.

—¿Qué diablos viene á hacer aquí?—se dijo.

Le hizo una seña con la mano, sin comprender que la pasión misma iba á llorar bajo sus balcones.

El conde de Aspremont encontró un día á Gontrán, pálido, sombrío, atontado, ocultando su desesperación no lejos del hotel de Lucía.

El pobre enloquecido abrió su corazón al conde.

—No puedo resistir más; es menester que vea de nuevo á Lucía,—le dijo, con lágrimas en los ojos.

—¡Querido, me das lástima! Un niño sería más altivo que tú. En nombre de tu madre y de tu hermana, vuelve á ser hombre.

—Es menester que vea á Lucía por vez postrera.

—¿En dónde quieres verla?

—En el teatro. He leído en un periódico que hoy representa un nuevo papel.

—Sí, eso es; desde aquí te estoy viendo: los aplausos y los ramilletes se te subirán á la cabeza.

—¡No! Préstame cinco luises.

—Tómalos. ¿Para qué son?

—Para comprar guantes.

—Sabes que en tu casa están desesperados. Pórtate como un buen hombre; pasa por el teatro, mas no dejes de ir á tu casa.

Los dos amigos se despidieron.

Gontrán no compró guantes: gastó tres luises en tres ramilletes; dió veinte francos á un pobre y reservó los otros veinte para dárselos á la acomodadora, no sólo porque haría arrojar los ramilletes, sino también porque llevaría cuatro letras á la comediante durante el entreacto.

No quería comprometer su nombre; era un billete anónimo; hele aquí:

«Aquel día, tú leías una novela. ¿Te acuerdas? Léis-te en alta voz: ¿Qué es vivir? Es acordarse.—Acuérdate.»

Pero Lucía no se acordaba. El recuerdo, bueno es para los que tienen tiempo de retroceder.

¿Aspiró la comediante el aroma de los ramilletes de Gontrán? Tal vez. Fueron los únicos que le echaron aquella noche. ¿Reconoció su letra? Tal vez. Estrujó el billete y lo tiró, diciendo:

—Los hombres están locos.

Gontrán quería aventurarse, no en los bastidores, sino en el *foyer* de los cómicos. No se atrevió; como desde hacía algún tiempo no pensaba en vestirse bien, Lucía juzgaría que no era aquello digno de un estreno en que ella trabajaba.

La butaca de orquesta que había abonado para el invierno, vióse obligado á subalquilarla una noche que le hacían falta diez luises. Se la tomó un amigo. Aquella noche, había obtenido permiso para ocuparla durante un acto. Al siguiente día, volvió á pedir la butaca; pero el que la subabonara rehusó brutalmente, diciendo:

—¡Esto es fastidioso! ¡Cualquiera creería que ocupó tus muebles!

Pasaron algunos días. La ruina extendía sus alas de ave nocturna sobre el hotel Staller. Gontrán volvió á su madre y juró levantar la casa. ¿Qué hizo para esto? ¡Jugó á la Bolsa! Creía encontrar allí todo lo que perdiera en casa de Lucía. Naturalmente, perdió más; se obstinó, siguió perdiendo. Es matemático: en la Bolsa, sólo con dinero se gana dinero. Hubiera podido negar aquellas deudas, puesto que la Bolsa está llena de gentes que se enriquecen no pagando; pero la señora Staller quiso quedar bien.

Una mañana, pusieronse letreros en el hotel Staller:

*Venta por licitación*, decían aquellos letreros; pero la verdad es que los herederos del señor Staller no podían ya vivir en su hotel.

Nada más desolado que aquel hogar en que todos guardaban silencio. La señora Staller, queriendo salvar á su hijo de la desesperación en que sin cesar veíale caer, desatendía demasiado á su hija, consumida por la pena. Aquello era lastimoso: de todo se privaban; habían vendido los caballos y los carruajes; no recibían ni aun á sus íntimos. La señora Staller, que reservaba sus alhajas á su hija, fué una mañana con ellas á casa de un joyero, que le dió lo necesario para pagar una de las deudas de Gontrán.

Llamó á su hijo, se encerró con él y le contó lo que había hecho.

—¡Ah! Olvidaba,—dijo abrazándole,—que quiero hacerte un regalo. He comprado este libro para ti.

Y le dió la *Imitación de Cristo*.

Gontrán abrió el volumen como hombre que no sabe leer..

—¡Desgraciado!—dijo la madre.—Bien veo que no comprendes una palabra. ¡Luego aquella mala mujer ha arruinado tu espíritu y tu corazón como nos ha arruinado!

Gontrán miraba á su madre y no respondía.

—¿No la verás, al menos?

Una triste sonrisa pasó por los labios del joven.

—No, no la veo. Pero tú aun no la conoces: si fuera á su casa, me haría poner á la puerta.

Aquel día, por no tener nada que hacer, después de hojear vanamente la *Imitación*, Gontrán salió y fué á la calle de Courcelles. Sentía curiosidad por saber si su antigua querida le recibiría.

Había leído en los periodiquillos que Lucía había

hecho una nueva fortuna con un príncipe extranjero —príncipes siempre—. Éste se había divertido la primera noche—de bodas—enviándole un canastillo de matrimonio con un libro de misa de trescientas sesenta y cinco páginas, que eran otros tantos billetes de Banco... ¡Hasta dónde llega la profanación!

Cuando Gontrán entró en el hotel, se encontró en país desconocido: la señora había renovado su personal. Se le pidió su nombre; quería pasar adelante, pero, conteniéndose, dió su tarjeta.

—¡El señor Staller!—dijose el lacayo.—He aquí uno que no será recibido, porque no entra aquí sino gente que ostenta títulos.

No tardó en volver á decir á Gontran que la señora estaba ocupada.

—Lo había previsto,—dijo el que había comprado el hotel.

No se dió por vencido; le animó una ráfaga de energía. Entró resueltamente en el salón y dijo al lacayo que era menester que la señora bajase.

Lucía no se hizo esperar mucho. Entró en el salón impaciente y frunciendo las cejas.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, Gontrán?

—Vengo á ver á usted, Lucía.

—Ya me ha visto usted, Gontrán. Tiempo nuevo, mujer nueva; lo que pasó, pasó. Cuando le amaba á usted y usted me amaba á mí, había por qué vernos; pero hoy, ni uno ni otro tenemos tiempo que perder.

—Sí,—dijo Gontrán intentando burlarse,—el tiempo es oro.

—Rehaga usted su fortuna y no me haga perder la mía.

La comedianta sabía que Gontrán estaba más que arruinado.

—Oiga usted, Gontrán; si vino usted á pedirme dinero, hable usted.

—¡A pedirte dinero!

Gontrán, que estaba sentado, se levantó y avanzó furioso hacia Lucía; asíóla de ambas manos y la hizo volar en torno suyo como en un vals infernal.

—¡Pedirte dinero!—repitió.—¡No haría eso... ni aun cuando con ello hubiera de comprar un vaso de agua para no volverme rabioso!

Lucía se había escapado de manos de Gontrán y había llamado.

—Acompañe usted á la puerta á ese caballero,—dijo, de nuevo.

Era preciso matar á la mujer ó marcharse.

Gontrán se marchó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. "FERRAZ"  
"ALFONSO" 1878  
No. 1625 MONTEPREY, MEXICO

## XX

*La fiesta bajo el ciprés*

Al siguiente día era el santo de la comedianta.

El hotel de la calle de Courcelles fué asaltado por ramilletes. El príncipe, que pagaba bien, quiso que los músicos de la orquesta de los Bufos fuesen á dar una serenata á su belleza, no obstante llover á cántaros.

Lucía nunca sintióse tan feliz. Triunfaba en el teatro, triunfaba en el Bosque, vencía á las *demimondaines* por toda la estación; porque ¿dónde encontrar un príncipe tan loco como el suyo?

Aquel día, hacia las doce de la mañana, la señorita

Staller dijo á su madre, conforme se sentaban á la mesa para almorzar:

—¿No has visto á Gontrán?

—No, pero sé que está en su cuarto. Le he visto no hace mucho á su balcón.

—¿Por qué no viene?

Al pronunciarse estas palabras, Gontrán se presentó á la puerta del comedor.

—Prepárate, Gontrán,—le dijo dulcemente su madre.

—Iremos dentro de poco al cementerio. ¿No vendrás con nosotras?

—¿Al cementerio? Sí, sí, iré,—dijo Gontrán.

Abrazó á su madre y á su hermana.

—¡Qué! ¿No te sientas á la mesa?

—En seguida. Empezad. Voy por los cigarros.

Y Gontrán salió.

—¡Cuán pálido estás! ¿No es así, mamá?

—Si Dios no pone algo de su parte, no le salvaremos.

Gontrán no había subido por los cigarros. Estaba en la postrer estación de su cruz: iba á morir. Su pistola, la pistola de Lucía, le esperaba.

Ni aun se tomó el trabajo de encerrarse.

—Sí,—repitió al coger el arma,—sí, iré al cementerio.

La doncella, que pasaba por delante de su cuarto, exclamó:

—¡Señorito! ¿Qué hace usted?

—¡Silencio!—dijo Gontrán.—Tengo un duelo á muerte. ¡Cuidado con hablar!

Y le enseñó la pistola.

—Es todo lo que me queda de mi fortuna.

—Sí,—dijo la joven.—Y sabido es quién se la ha dado.

—¡Me favorecerá!